

castigada con su enervante doctrina por su misma esterilidad: de ella no saldrá un hombre superior, habiendo salido tantos de la escuela del deber.

La pendiente que el espíritu griego descendía llevaba á los abismos: jamás fué tan completa la destrucción moral.

«Nada sabemos, decía Metrodoro, discípulo de Epicuro; ni siquiera sabemos que no sabemos nada». Esta doctrina negativa que hacía el vacío en el alma, penetraba hasta en la escuela platónica. Renovando la duda de Pirrón, establecía Arcesilao en el seno de la nueva Academia el escepticismo universal, que traerá Carneades á Roma, cuando Atenas lo envíe de embajador (155). «¿Quién no ha de alabar, dice Eliano, la sabiduría de los pueblos que llamamos bárbaros? Ellos, á lo menos, no ponen en tela de jui-



Platón (1)

cio si hay dioses, ó no, si se cuidan ó dejan de cuidarse del mundo. Ninguno de ellos imaginó jamás sistemas semejantes á los de Evemero y Epicuro» (2).

Las doctrinas del Pórtico, sobre todo, desde la dirección que les dieron Crisipo y Panecio, fueron una reacción obrada en nombre del instinto moral y del sentido común (3). Cenón no destruyó la religión nacional, cuyas divinidades todas eran para él manifestaciones del Ser único, y en virtud de este principio, podía respetar las creencias populares, sobre todo la doctrina tan vivaz de los genios. De su sucesor Cleanto queda un magnífico himno á Júpiter: «Salud á tí, el más glorioso de los inmortales, Ser adorado bajo mil nombres, Júpiter eternamente todopoderoso; á tí, señor de la naturaleza; á tí que gobiernas todas las cosas según la ley!

»Este mundo inmenso que rueda al rededor de la tierra, obedece sumiso á tus órdenes; porque tienes en tus manos invencibles el instrumento de tu voluntad, el rayo de acerrada punta, el arma inflamada y siempre viva: la naturaleza entera se estremee al amago del rayo, con que arreglas la acción de la razón universal, que circula á través de todos los seres y se mezcla con las grandes, como con las pequeñas antorchas del mundo.

»Rey supremo del universo, nada se hace en la tierra sin tí, nada sin tí en el mar, nada en el cielo etéreo y divi-

(1) Museo de Nápoles.

(2) *Hist. Var.*, II, 31.(3) *Cic. Acad.*, I, 2; IV, 6.

no sin tí; nada; menos los crímenes que cometen los malvados.

»Júpiter, dios oculto entre las nubes sombrías, aparta á los hombres de su funesta ignorancia; disipa las tinieblas de su alma ¡oh padre nuestro! y hazles comprender el pensamiento que te sirve para gobernar el mundo con justicia.

»Entonces te daremos en homenajes el precio de tus beneficios, celebrando sin cesar con dignos cánticos las obras de tus manos, la ley común de todos los seres.»

Un eco de esta bella poesía resonará en el alma del último de los grandes Antoninos; y si se trocara el nombre de Júpiter por el de Jehovah, se tendría una oración cristiana.

«En Roma, decía Hegel, el estoicismo estaba en su casa.» Hemos visto, en efecto, en más de un romano de los antiguos tiempos estoicas virtudes que se habían naturalmente desenvuelto en el seno de aquella raza enérgica y dura; en tiempo del imperio las veremos también, Pero en el último siglo de la república, el austero dogmatismo del Pórtico ganó solamente algunas almas superiores; se escuchaba mejor á los que decían: Duda de todo y no creas mas que en el placer.

Al lado de la filosofía, habíase abierto otras vías el espíritu humano. Bajo el poderoso impulso de Aristóteles, las ciencias de observación habían hecho grandes progresos: se sabía más, y sobre todo se sabía mejor. Pero espíritus ambiciosos corrían aventuras, por decirlo así. En la escuela de Epicuro se creía saber cómo se había formado el mundo, y muy pronto se burlará Cicerón de los que «cuando hablan del universo, toman apariencias de venir de la asamblea de los dioses.» Semejantes audacias hacían á veces encontrar verdades, y hubieron de encontrarse en aquel tiempo los gérmenes de teorías aceptadas por los maestros de ahora. Así, el principio de la conservación de la fuerza, fundamento de la física moderna, de que Epicuro discurre casi tan bien como Leibnitz; el de que todo se transforma y nada muere; hasta la teoría molecular, la negación de la generación espontánea y la afirmación de que todos los cuerpos caen en el vacío con rapidez igual.

Por desgracia, estos gérmenes no se desarrollaban, porque los sabios de aquella época eran ante todo filósofos, y si tenían intuiciones de genio, adivinaban y no demostraban. Faltábales el método experimental, sin el cual es imposible la ciencia de la naturaleza, y sus sistemas eran construcciones lógicas, que la lógica derribaba partiendo de causas diferentes. Al contrario, en las ciencias que proceden de axiomas inmutables, como las matemáticas puras ó aplicadas, geometría, mecánica y astronomía, la Grecia acababa de dar á luz á Euclides, Arquímedes é Hiparco, tres hombres á quienes coloca la historia de la filosofía natural al lado de los más gloriosos. Pero las ciencias no tienen influencia moral, sino para los espíritus capaces de comprender el armonioso orden del doble *cosmos* en cuyo seno vivimos, y de sentir que el hombre debe ser tanto mejor, cuanto más inteligente sea. Nunca había sido la Grecia tan sabia, ni nunca tampoco tan degradada; advertencia severa para las edades en que las ciencias físicas pretenden una dominación exclusiva (4).

Así, para ciertas ciencias, que Roma no querrá, grande esplendor y magnificencia; pero en el arte y la poesía nada de inspiración poderosa, en la elocuencia un vano sonsonete de palabras y de imágenes (los retóricos); en la religión, hábitos y no creencias; en la filosofía, el materialismo en-

(4) Montaigne (I, 24) ha dicho: «Encuentro que Roma era más valiente antes de ser sabia.»

gengrado en la escuela de Aristóteles, la duda nacida de Platón, el ateísmo de Teodoro (1) y el sensualismo de Epicuro, vanamente combatidos por la protesta moral de Cenón; en fin, en la vida privada y pública la flaqueza ó la pérdida de las virtudes que forman al hombre y al ciudadano. Tales eran la Grecia y el Oriente.

Y ahora diremos con Catón, Polibio, Tito Livio, Plinio, Justino y Plutarco, que todo esto pasó á la ciudad eterna. La conquista de la Grecia por Roma fué seguida de la conquista de Roma por la Grecia. *Grecia capta ferum victorem cepit.*

II. — LAS COSTUMBRES DE LA GRECIA Y EL LUJO DEL ORIENTE EN ROMA

La austeridad de los antiguos romanos provenía de su pobreza más bien que de su conciencia: habían bastado dos ó tres generaciones para que la ciudad que no había conocido más que las sobrias comidas y las fiestas rústicas, viniera á ser una ciudad de banquetes y placer. Ahora se come y se bebe con exceso, cosa inusitada antes. Escuchemos á Polibio, testigo ocular:

«Entre los romanos, la mayor parte de ellos viven en un extraño desarreglo. Los jóvenes se dejan llevar á los excesos más vergonzosos; hay pasión por los espectáculos, por los festines, por el lujo, por los desórdenes de todo género, de que con toda evidencia se tomó ejemplo de los griegos, durante la guerra con Perseo (2).»

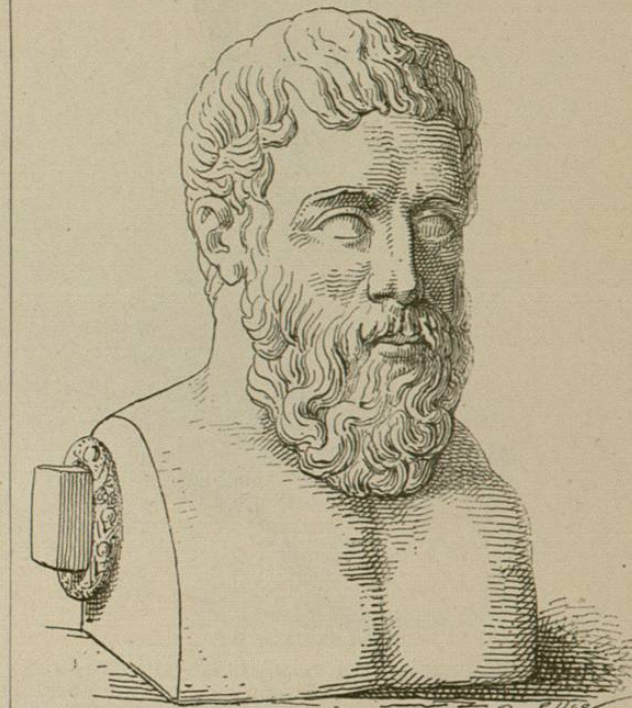
«Ved á ese quirite, decía Catón; baja de su carro, hace piruetas, endilga unas cuantas bufonadas, juegos de palabras, equívocos; después, canta ó declama versos griegos y vuelve á sus piruetas (3).»

Esta imitación de la Grecia degenerada vino á ser una de las reglas de buena educación entre los nobles. «Cuando entré en una de las escuelas donde los nobles educaban á sus hijos, decía Escipión Emiliano, ¡dioses mayores! encontré más de quinientos niños de ambos sexos, que recibían en medio de histriones y gentes infames lecciones de lira, de canto, de actitudes; y ví un niño de unos doce años, hijo de un candidato, ejecutando una danza digna del esclavo más impúdico (4).»

El vicio griego que Roma no había conocido, tomó allí derecho de ciudadanía. Sin embargo, la gravedad romana no sino muy lentamente hubo de ceder á *Venus monstruosa*, y la ley castigó de muerte una violencia de este género cometida en un ciudadano. Pero nada protegía al esclavo contra la brutalidad de su amo, y ahora veremos cuánto había aumentado la guerra el número de estos desgraciados. Por consiguiente, en Roma, como en todas partes, la esclavitud fué una de las causas más activas de corrupción moral. Unos permanecían en la casa del amo y con frecuencia explotaban sus vicios; otros trabajaban fuera, por cuenta de él, en industrias que no siempre eran honestas. Las libertas que habían ganado su libertad por medio de complacencias poblaban las casas de prostitución, y cuando esta vida las mataba, el patrono heredaba legalmente lo que dejaban.

(1) Uno de los corifeos de la escuela cirenaica, que se fundió después en la de Epicuro, como la escuela cinica fué absorbida al fin por la escuela de Cenón. *Cic., de Nat. deor.*, I, 1... *plerique deos esse dixerunt, dubitare se Protagoras, nullos esse omnino Diagoras, Melius et Theodoros Cyrenaicus putaverunt.*

(2) XXXII, II.

(3) *Frag.* de Catón, á continuación de las *Lettres* de Fronto, de M. Cassan.(4) *Macrob., Saturn.*, II, 10.

Metrodoro (5)

derecho de dar tutor á la mujer que no lo tenía: era asegurarle una salvaguardia para sus intereses, pero también imponerle una disciplina para su conducta (6). Otra ley del año 204 dificultaba las prodigalidades, sometiéndolas á formalidades públicas (7), que nadie quería cumplir, cuando era una cortesana la que había de aprovecharse de estas donaciones, en perjuicio de la familia del donante. En fin, la ley Voconia (169) prohibió á todos los que estaban inscritos en el censo por 100,000 ases, instituir á una mujer por heredera. Esfuerzos impotentes: las cortesanas serán

(5) Museo del Louvre, núm. 139 del catálogo Clarac. Hermes de dos cabezas, que ofrece por un lado la de Epicuro y por otro la de Metrodoro. Los hermes y los bustos solían tener, como tiene éste, partes salientes para ofrecer asidero á los que habían de trasladarlos á ciertas fiestas, y también para colgar coronas. Un hermes semejante, encontrado en Roma en 1743, ha hecho conocer los originales de estos dos retratos. *Cf. Clarac, Descrip. des Antiq. du Musée du Louvre*, p. 64.(6) *Ulp., Fragm.*, XI, 18. *Tutores constituuntur... feminis tam impuberibus quam puberibus et propter sexus infirmitatem et propter forensium rerum ignorantiam.* Era la tutela dativa, que había hecho necesaria en Roma la desorganización de las gentes.(7) *Lex Cincia ó muneralis*, que trataba también de los honorarios de los abogados, los cuales no debían recibir nada de las partes. *Cf. Cic., de Orat.*, II, 71; *Tac., Ann.*, XI, 5.

más y más numerosas cada día, y las concubinas obtendrán, en tiempo de Augusto, que su unión tenga carácter legal.

Otra llaga social hizo acaso más daño, porque vino á agrandar más la primera. «Las legiones de Manlio, dice Tito Livio, trajeron á Roma el lujo y la molición del Asia: ellas introdujeron los lechos adornados de bronce, los tapices preciosos, las telas y velos ligeros. Desde aquella época aparecieron en los festines cantores, bailarines y tañedoras de arpa; desde entonces se puso más esmero en el servicio de la mesa y pasaba por arte un vil oficio (1).» Entonces



Eucaris, liberta de la familia Licinia (2)

se vió el caso de que un joven y gracioso esclavo se vendiera más caro que un fértil campo, y á mayor precio algunos peces que una buena yunta de bueyes (3). Todavía no estamos en tiempo de los Apicios, y sin embargo, los más

(1) Tito Livio, XXXIX, 6, y Diod., XXXVII, 3. El precio de un buen cocinero llegó hasta cuatro talentos. Por dos rescato César su vida de los sicarios de Sila. Montesq.: *Esprit des lois*, VII, 2.

(2) Libertas de una dama de la gens Licinia. Eucaris murió á los catorce años; pero su retrato, hecho en el siglo XVI por Fulvio Orsini, teniendo á la vista el mármol, hoy extraviado ó perdido, aparenta triple edad. Damos la inscripción que el padre hizo grabar en su sepulcro, notando que estas palabras: *Graeca in scena prima populo apparuit*, hacen creer que Eucaris vivía en tiempo de Nerón, que el año 60 instituyó juegos de este nombre.

«Tú que paseando tus inciertas miradas descubres esta mansión de la muerte, detente y lee. El amor de un padre ha consagrado este monumento á las cenizas de su hija.

¡Ah! mientras mi juventud florecía en el cultivo de las artes y mi fama crecía con mis años, mi hora fatal se apresuró y me privó de la vida. Hábil en la música, educada, puede decirse, por las Musas, yo era el encanto de los coros en los espectáculos que daban la nobleza; fui la primera en Roma que apareció en la escena griega, y las Parcas crueles me han precipitado en la tumba. El afecto de mi señora, la solitud, el amor, las alabanzas, los atractivos, todo calla en mi hoguera y todo se lo traga la muerte. No dejo más que lágrimas á mi padre á quien precedo en el sepulcro. Mis catorce años están encadenados conmigo en las tinieblas de la eterna morada de Plutón. Antes de alejarte, desea que la tierra me sea ligera.» (Visconti: *Iconog. græca*, t. I, p. 181; Orelli, núm. 2602.)

(3) Polib., XXXI, 18.

afortunados especuladores son los que se encargan de proveer las mesas de los ricos y de satisfacer sus caprichosos deseos; y los grandes señores tienen hasta por glorioso descubrir ó inventar manjares. Hortensio se preciaba de haber sido el primero que hiciera servir pavos reales á la mesa; Metelo Escipión, personaje consular, y Seyo, rico caballero romano, se disputaban el honor de haber inventado un guiso. En otro tiempo todos los senadores juntos no tenían más que un solo servicio de plata, que se prestaban para obsequiar á los embajadores. Ahora poseen algunos hasta mil libras de vajilla de plata, y Livio Druso tendrá muy pronto hasta diez mil (4). Para las casas, para las villas, es menester marfil, maderas preciosas, mármol de Africa, etc. En 131, un Metelo edificará un templo, todo de mármol, porque estos nobles disponen de riquezas reales (5).

En doce años solamente, las contribuciones de guerra sacadas de Cartago, de Siria y de Etolia montaron á cerca de ciento cincuenta millones, y el oro, la plata y bronce que los generales trajeron á sus triunfos ascenderían á un valor igual (6). Fácilmente pueden doblarse estos trescientos millones, si se añade todo lo que se sustrajo del botín por los oficiales y soldados (7), las sumas distribuidas á los legionarios (8), y los objetos preciosos, muebles, telas, argentería, bronce, traídos á Roma del fondo del Asia, porque nada se escapaba á la rapacidad romana. L. Escipión ostentó en su triunfo mil doscientos treinta y un colmillos de elefante; Flaminio y Fulvio más de quinientas estatuas de mármol y de bronce (9), escudos macizos de oro y de plata, y vasos cincelados. Acilio arrebató hasta el guardarropa de Antíoco, y Manlio hasta los veladores y aparadores de mesa. En Ambracia, antigua residencia de los reyes de Egipto, no dejó Fulvio más que las paredes desnudas, *parietes postesque nudatos* (10).

Los años siguientes no fueron menos productivos. De una sola campaña trajo P. Emilio 15 millones. Más tarde llegaron las riquezas de Corinto, las de Cartago y los tesoros de Atalo. Según los Fastos Capitolinos, hubo en doscientos ochenta y tres años, ciento ochenta y un triunfos, ó sea cerca de uno cada dos años, siendo el principal interés de la fiesta la ostentación del botín; no era permitido á un prócsul volver con las manos vacías, aunque hubiera combatido contra el pueblo más pobre, contra aquellas tribus intractables, cuyos prisioneros ni siquiera podían venderse. Así, los romanos no desdenaron ningún provecho, ni aun el más

(4) Vel. Pat., I, 21.

(5) *Ad paucos homines omnes omnium nationum pecunias pervenisse.* (Cic., II in Verr., de Suppl., 48.)

(6) He rebuscado en los últimos quince libros de Tito Livio las cantidades depositadas directamente en el tesoro ó traídas á los numerosos triunfos de estos doce años. Los números no son todos exactos, sin duda, pero las cantidades eran ciertamente enormes. Cartago dió 10,000 talentos, Antíoco 15,000, los etolios 500, Ariarato 300, Filipo 1,000, Nabis 500; en total 27,300 talentos. M. Macé (*Lois agraires*, p. 26) ha ampliado á 40 años esta cuenta (208-167) y ha sacado cerca de mil millones. Mingotti (*Del commercio de Romani*) tiene dos capítulos sobre este asunto: *Prede immense de Romani*.

(7) Véase en la pág. 298 la condenación de Acilio Glabrió. Los Esquiones fueron acusados también de peculado, y Manlio estuvo á punto de ser procesado por el mismo abuso.

(8) Cornelio dió á sus soldados 70 ases por cabeza, Marcelo 80, Léntulo 120, Flaminio 250, Catón 270, Escipión 400, Manlio Vulso 420, P. Emilio 200 denarios en Egipto y 100 después de su triunfo, Léntulo 950 dracmas, Pompeyo más de 1,500. Los legionarios tenían el doble y el triple los jinetes.

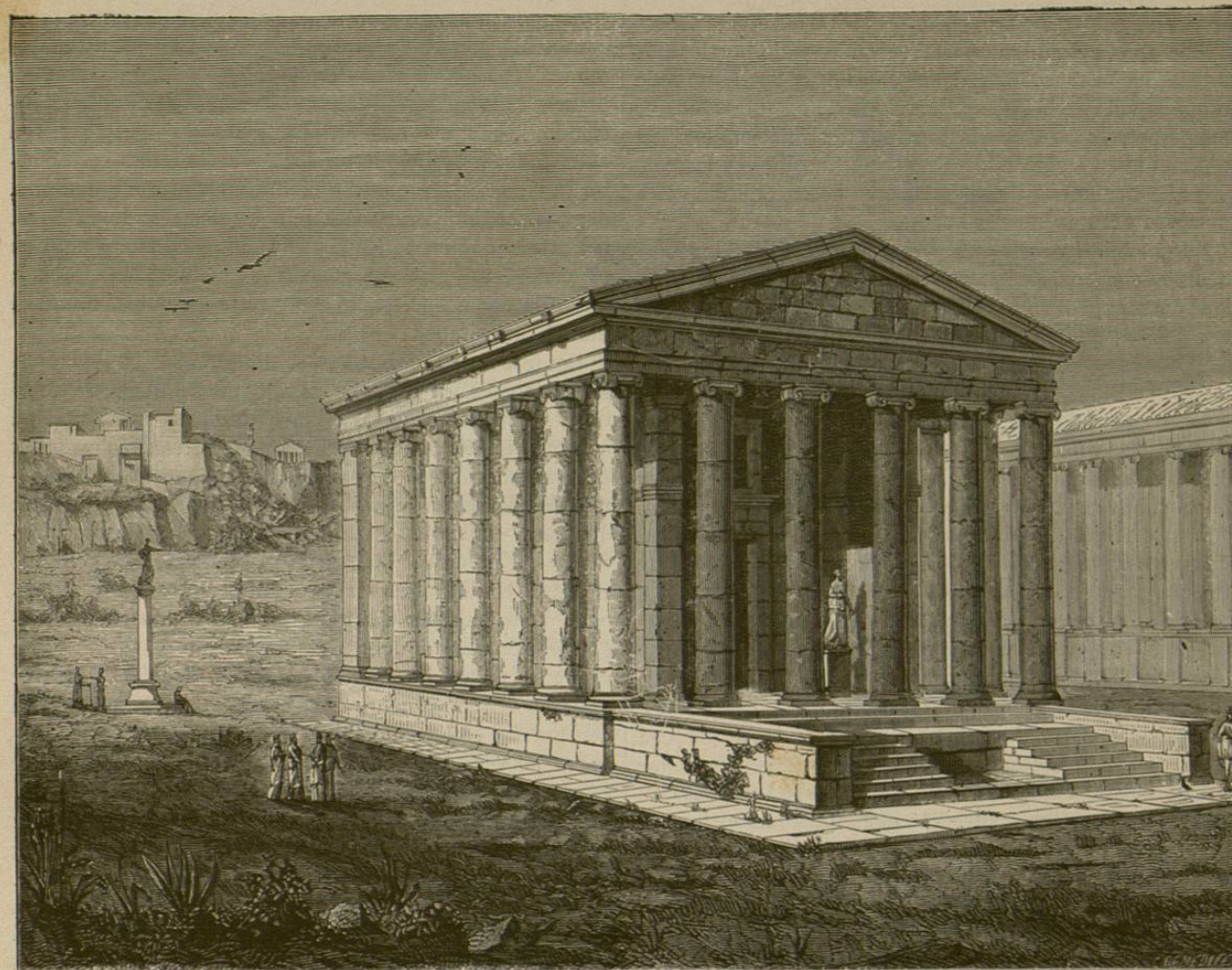
(9) Tito Livio, XXXIV, 52. Polibio (XXII, 13) habla de una corona de 150 talentos ofrecida por los etolios á Fulvio, y F. Josefo de una del peso de 4,000 monedas de oro, dada á Pompeyo por un rey de Egipto (*Ant. Jud.*, XIV, 5).

(10) *Monopodia et abacos* (Tito Livio, XXXIX, 6). Polibio condena energicamente este pillaje (IX, 10, y XXXII, 11).

miserable: en 197, depositó Cetego en el tesoro 79,000 denarios y Minucio 53,000, que habían sacado, el uno á los insubres y el otro á los ligures.

A estas rentas provenientes del pillaje del mundo, hay que añadir los donativos hechos voluntariamente, digámoslo así, por las ciudades y provincias. Los etolios dieron á Fulvio una corona de oro de 150 talentos, y el rey de Egipto envió á Pompeyo otra que pesaba 4,000 piezas de oro; ni hubo ciudad eximida de impuesto, ni pueblo declarado li-

bre, que no se considerara obligado á ofrecer al prócsul victorioso una de aquellas coronas cuyo peso era proporcionado al servilismo del donante: Manlio llevó en su triunfo doscientas (1). Como el uso republicano de las gratificaciones á los soldados preparaba el uso imperial de los donativos á las legiones, las coronas de oro de los prócsules vinieron á ser el oro coronario de los emperadores, impuesto que heredó nuestra monarquía con la denominación de *joyeux avènement*, fausto advenimiento.



Templo de Juno Matuta (restauración de M. Lefuel)

Por su parte el Estado recibía anualmente los tributos de las provincias, el producto de la emancipación de los esclavos, del dominio público, de las aduanas y de las minas: la de Cartagena daba diariamente al pueblo romano 25,000 dracmas.

¿Qué se hacía de todo este oro? Las obras públicas absorbían una parte, los dioses otra, que se ponía depositada en los templos para las necesidades urgentes (2); el pueblo reclamaba también la suya. Los ociosos eran muchos: arriba por exceso de riquezas; abajo por exceso de miseria. Para

(1) Tito Livio, XXXIX. Cf. Fest., s. v. *Triumphales corona*. Algunos gobernadores las exigían aun sin haber combatido (Cic., in Pis., 37).

(2) Este uso duró tanto como Roma pagana. Aureliano consagró aún á los templos buena parte de los despojos de Palmira. Recientemente se ha encontrado en Chipre todo un tesoro escondido en cámaras á muchos metros debajo del mosaico de un templo. Los sacerdotes paganos no podrían llevarselo, sorprendidos sin duda por repentina persecución de que á su vez serían víctimas por parte de los cristianos.

Y este espectáculo de carnes desgarradas vivas, de miembros rotos entre las presas, de entrañas aun palpitantes arrastradas por la arena, hará correr por las gradas del anfiteatro tales estremecimientos de alegría que para saciar más los ojos y el ansia del corazón y el corazón de aquel pueblo, se anunciará por edicto un nuevo género de suplício, el condenado á las fieras.

Ennio ha dicho: «Por las costumbres y los hombres de los antiguos días se conserva la república.»

Moribus antiquis stat res romana, virisque.

Este tema del antiguo poeta se ha seguido por los que no ven que la renovación de las cosas es la ley del mundo, ni que la vida de los pueblos como la de los individuos, es una perpetua sucesión. Así, ¡cuántas declamaciones contra el presente en favor de lo pasado, contra el lujo y los peligros que ocultan aparentemente suntuosos tapices, vasos preciosos y tantas inútiles bellezas!

No queremos volver á empezar el proceso tan ingenuamente hecho, sobre este capítulo de acusación, á la sociedad romana; pero si diremos con la sabiduría de las naciones, que la riqueza que no es el fruto del trabajo y de todas las virtudes que de él se derivan, no aprovecha á sus poseedores; que la fortuna mal adquirida se va como ha venido dejando tras sí muchas ruinas morales; y añadiremos con la experiencia de los economistas, que el oro es como el agua de un río: si inunda súbitamente, devasta; si llega por mil canales y circula lentamente lleva la vida á todas partes. Europa, á partir de la segunda mitad del siglo XIX, ha visto semejante inundación de oro proveniente de los placeles de América y de Australia; pero estos capitales producidos por el trabajo le sirvieron para rehacer su herramientaje industrial y resultó de esto un enorme aumento de la riqueza pública y también de la privada. Al contrario, por la guerra, el pillaje y la rapiña, pasó súbitamente Roma de la pobreza á la opulencia y el oro de la conquista no sirvió más que para el lujo estéril de los que lo poseían. Fácil es representarse la perturbación causada por este cambio repentino: las costumbres no pudieron resistirse, y el contagio del ejemplo y la facilidad de encontrar nuevos placeres, llevaron rápidamente la corrupción al seno de casi todas las principales familias romanas. «Después de la conquista de Macedonia, dice Polibio, se creyó que se podía gozar con toda seguridad el imperio del mundo y sus despojos (1).»

Es preciso pues aceptar como verdad histórica estos versos de Juvenal: «¿Preguntas de dónde provienen nuestros desórdenes? Una humilde hacienda mantenía en otro tiempo la inocencia de las mujeres latinas. Largas veladas, manos endurecidas en el trabajo, y Aníbal á las puertas de Roma, y los ciudadanos en armas en las murallas, defendían del vicio las modestas viviendas de nuestros padres. Ahora sufrimos los males de una larga paz: más temible que la espada, la lujuria ha penetrado entre nosotros, y el mundo vencido se ha vengado de nosotros dándonos sus vicios. Desde que Roma perdió su noble pobreza, Síbaris y Rodas y Mileto y Tarento, coronadas de rosas y empapadas de perfumes, han pasado á nuestros muros (2).»

Esta plaga que tan profundamente alteró la alta sociedad de Roma, duró dos siglos y medio, desde P. Emilio hasta Vespasiano. Ya se verá cómo fueron menester cinco ó seis

circenses sesenta y tres panteras, cuarenta osos y elefantes. A partir de esta época, no fué ya permitido á un edil curul dispensarse de dar al pueblo luchas de animales fieros.

(1) Polib., XXXII, 11.

(2) Sat., VI, 286-297.

generaciones de libertinos, de viciosos, para disipar el botín de la conquista, para calmar la sed de goces y gastar aquella aristocracia senatorial, que á fines del primer siglo de nuestra era, fué reemplazada en el gobierno por la aristocracia de provincias con mejores costumbres. En su prólogo de los *Tres denarios* da Plauto al Lujo por hija la Indigencia. Dejemos pasar un siglo y veremos á aquellos nobles mendigar en el palacio de Augusto y de Tiberio: un siglo más y habrán desaparecido.

Viejos romanos hicieron vanos esfuerzos para atajar el contagio. En 204, fueron degradados siete cónsules por los censores y por Catón otros siete; nueve en 174, y mayor número todavía en 164. Pero la misma censura vino á ser premio de la intriga, y Valerio Mesala, en otro tiempo censurado, llegó á ella en 154. Desde entonces ya parecieron autorizados todos los desórdenes, y hasta el año 116 no hubo ya en el senado una sola expulsión; pero este último año, degradó Metelo de una vez treinta y dos senadores. Entre los expulsados en 174 había un antiguo pretor y otro en ejercicio, el hijo del Africano. Y un Fabio Máximo hacía una vida tan licenciosa, que el pretor Pompeyo tuvo que ponerle un curador.

Los más ilustres personajes se deshonraban con escandaloso impudor. En 181, el censor Lépidio, príncipe del senado y pontífice máximo, empleó el dinero del tesoro en construir un dique en Terracina para preservar sus tierras de la inundación. El censor Fulvio quitaba las tejas de mármol del santuario de Juno Lacinia para cubrir un templo que hacía edificar en Roma. Obligado el senado por la indignación pública á condenar el sacrilegio, se contentó el censor con llevar las tejas al patio del templo. Un antiguo cónsul, Acilio Glabrion, pretendía la censura, cuando fué acusado de concusión. Catón juró que no había visto en el triunfo ciertos vasos de oro y de plata que viera en el campamento de Antíoco, y el candidato á la censura fué condenado á una multa de 100,000 ases. Acaso era una venganza de los nobles de raza contra un *hombre nuevo*.

Pero estas concusiones no eran sino muy comunes. Un comisario del senado en Iliria, Decimo, se dejó cohechar por el rey de este país para hacer una memoria favorable. En 141, un Metelo fué llamado de España, donde la guerra prometía gloria y provecho: irritado el general desorganizó el ejército, destruyó las vituallas y hasta mató los elefantes. Otros, al contrario, rehusaban el mando de las provincias que no ofrecían gran lucro. Licinio en Grecia hacía dinero de todo, llegando á vender hasta las licencias de los soldados, es decir el honor del ejército y la seguridad de la provincia. Un Fulvio Nobilior licenció de una sola vez toda una legión.

Dos cónsules se disputaban un gobierno. «Creo, dijo Escipión Emiliano, que se les debe excluir á los dos, porque el uno no tiene nada y el otro no tiene bastante nunca.»

Desde el tiempo de Plauto no se creía ya en la buena fe romana. Si Júpiter, aseguraba el poeta, abriera su templo á los perjuros, no habría para ellos bastante espacio en el Capitolio. Y más tarde dirá Laberio en pleno teatro: «¿Qué es juramento? Un emplasto para curar deudas.»

Los censores y los ediles encargados de la policía de las costumbres, como no disponían de ningún medio de acción, no hacían sino de tarde en tarde algún ejemplar, que no intimidaba á nadie. En otro tiempo no había habido necesidad de una vigilancia de todos los instantes: en primer lugar, la antigua religión no legitimaba el desorden; luego, en aquellas pequeñas repúblicas, donde cada uno vivía á la vista

de los demás (1), la vida casta y laboriosa, la frugalidad, el desinterés parecían virtudes necesarias al Estado y los mismos ciudadanos hacían la policía de las costumbres. Pero en aquella inmensa Roma, capital del mundo y sumidero del universo, ¡cuántos vicios debían saciarse en público y cuántos atentados cometerse impunemente! Supongamos á París privado súbitamente de los que guardan la paz: nuestras mujeres no podrían salir á la calle ni de día y al oscurecer tendríamos que cerrar nuestras puertas.

La insuficiencia absoluta del servicio de las costumbres y de la seguridad fué en Roma una de las causas que precipitaron la república: estando permitidos todos los excesos, muchas gentes se lanzaron á ellos, y cuando ya no hubo freno en las costumbres, no lo hubo tampoco en la política.

Montesquieu lo ha dicho y la razón lo comprende: el Estado republicano en que el poder ejecutivo es siempre débil, no puede durar sino con las costumbres que sean freno voluntario de la libertad; no teniéndolo ya ni la clase directa ni lo que se llamaba pueblo, se soltaron todos los lazos que mantenían unida la sociedad en otro tiempo; hasta el más fuerte, el lazo de la religión, estaba también para romperse.

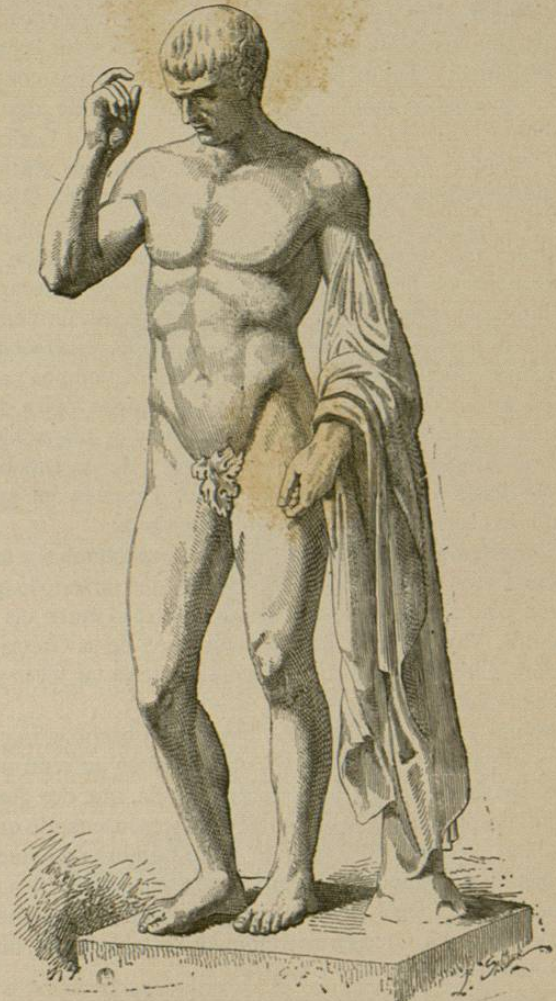
III. — RELAJACIÓN EN ROMA DE LA RELIGIÓN NACIONAL

La filosofía no había provocado estas novedades; pero ya se ha visto que por muchas de sus escuelas había suministrado razones para creerlas legítimas. Los viejos romanos le hicieron responsable de los cambios que producía la *fatalidad histórica*. «Yo, decía Pacuvio, odio á esos hombres que pasan la vida filosofando, sin obrar, sin hacer nada más.» Era el grito de la conciencia romana, Catón, que llamaba á Sócrates charlatán, y que lo hubiera condenado segunda vez por haber querido modificar las costumbres de los antepasados, Catón decía á su hijo: «Acuérdete bien de esto y tenlo por palabra del oráculo: cuando esa raza nos haya invadido con su literatura, se perderá Roma.» Catón fué ciertamente uno de los autores del famoso senado-consulta de 161, que proscribió la filosofía. Seis años después la proscripción volvía á Roma.

El senado quería la paz entre sus súbditos, y habiendo saqueado los atenienses una ciudad beocia, confirió el arreglo del negocio á Sicione que condenó á los asaltantes á dar 500 talentos, multa enorme que Atenas no podía absolutamente pagar. Para pretender una rebaja y hacerlo con eficacia envió á Roma en embajada á los corifeos del Pórtico, del Liceo y de la Academia, ó como dice Plinio, «á los príncipes de la sabiduría.» Eran el estoico Diógenes, el peripatético Critolaos y Carneades, gran dialéctico y poderoso orador, á quien la naturaleza había dado «todas las armas de la fuerza y de la gracia» (153).

Mientras el asunto se ponía á discusión, los tres embajadores dieron lecciones públicas. La juventud acudió en masa á estas cátedras, sorprendida y encantada de aquel mundo nuevo que aquellos ilustres griegos abrían á sus ojos. Sin embargo, entre los romanos, pueblo de acción, la filosofía griega no podía obrar sino por su influencia directa sobre las ideas, que eran cortas, y sobre las costumbres que ya se

corrompían. Para ellos, Aristóteles era sobrado abstracto; Platón demasiado entusiasta; indiferentes á los *átomos* de Epicuro, como á las *catalepsias* de Cenón, dejaban los dogmas por sus consecuencias. Critolaos les decía muy bien: «El objeto de la vida es el ejercicio perfecto de la razón.» Y Diógenes: «La virtud es el único bien; el vicio el único mal.» Los romanos admiraban, sin comprenderla bien, esta moral y esta ciencia austeras que pretendían poner la justicia absoluta en las cosas en que el antiguo genio de los latinos no ponía más que la sabiduría práctica, es decir, para el individuo la consideración de su interés personal, para el



El Orador (2)

Estado, la del interés público. Pero prestaban su atención al fundador de la tercera Academia, Carneades, que socavaba todas las escuelas descubriendo sus flaquezas, y arruinaba la religión, mostrando que la gran prueba de la existencia de los dioses, el consentimiento universal, había llegado á mil necesidades; el culto, probando que no había razón para admitir un dios más bien que otro; los oráculos, oponiendo la libertad humana; la moral sosteniendo victoriosamente causas contradictorias.

(2) Museo del Louvre, núm. 712 del catálogo Clarac. En esta estatua, una de las mejor conservadas que poseemos, se ha visto alternativamente á Mercurio, á Germánico, á Flaminio, etc. En la concha de la tortuga, animal consagrado á Mercurio, una inscripción en caracteres del último siglo de la república nos da á conocer el nombre del autor de esta obra maestra: Cleómenes, hijo de Cleómenes Ateniense. La Venus de Médicis es de Cleómenes, hijo de Apolodoro, de lo que se ha supuesto que el uno era padre del otro. Hay conformidad hoy en ver en esta estatua un orador. Fué comprada en el reinado de Luis XIV por mediación de Poussin.

(1) La ley Orquía dispuso también en 191 que, durante la cena que era la principal comida de los romanos, permanecieran abiertas las puertas de las casas, á fin de que todos pudieran ver si se observaban las prescripciones de las leyes suntuarias (Macr., Sat., II, XIII). Los romanos, dice Plutarco (Cat., 23), no creían que se debiera dejar á cada uno la libertad de casarse, de tener hijos, de elegir un género de vida, de dar festines, de seguir, en fin, sus deseos y gustos sin someterse al juicio é inspección de nadie.